

Desde el interior oscuro de una vivienda, MARÍA, mujer de sesenta años, empuja la silla de ruedas en la que está sentada su madre, SOLEDAD, hasta salir a un soleado balcón en el que crecen cintas y jazmines.

MARÍA. Vamos, madre, salgamos a tomar el sol, que necesitamos vitamina D.

SOLEDAD. No tengo ganas. Hace frío ahí fuera.

MARÍA. El sol te calentará.

SOLEDAD. No me apetece.

MARÍA. Será un minuto.

SOLEDAD. Déjame tranquila en mi cuarto.

MARÍA. Los médicos dicen que debemos tomar el sol.

SOLEDAD. Otro día.

MARÍA. No sabemos si estaremos aquí otro día.

SOLEDAD. No pienso morirme hoy. Llévame a mi cama. Estoy harta.

MARÍA. ¿Harta de qué?

SOLEDAD. De que nos digan qué tenemos que hacer.

MARÍA. Son recomendaciones.

SOLEDAD. ¡Qué sesenta años más recién cumplidos tienes!

MARÍA. No te quejes. Vamos a tomar el sol y a charlar de nuestras cosas.

SOLEDAD. No hay nada de qué hablar. Está todo dicho.

MARÍA. Yo no he dicho nada.

SOLEDAD. Lo ha dicho la tele por ti. ¿No te das cuenta? Lo que nos queda es el silencio. Todo cuanto digamos tú y yo poco importa. Palabra sobre palabra.

MARÍA. Callemos entonces. Y tomemos el sol. El sol no habla...

SOLEDAD. Sí lo hace. Fíjate cómo se posa, leve, sobre las cosas. ¿Ves los árboles de la plaza? Al iluminarlos, el sol dice dónde quiere que detengas tu mirada. (*Observa*).

MARÍA. Me fijé en el álamo...

SOLEDAD. Ese álamo siempre estuvo ahí. Hemos pasado mil veces bajo su sombra cambiante, pero nunca te has parado a mirarlo. Llevas viéndolo toda la vida. Hoy lo has mirado por primera vez. Tras el silencio, podemos ver mejor.

Quedan calladas. MARÍA se sienta junto a su madre.

MARÍA. Ayer enterraron a Don Ignacio.

SOLEDAD. Lo sé.

MARÍA. Los hijos no pudieron velarlo.

SOLEDAD. Imagino...

MARÍA. Está muriendo mucha gente.

SOLEDAD. No somos eternos.

MARÍA. ¿Por qué no te da miedo la muerte?

SOLEDAD. Porque no existe.

MARÍA. De niña, quisiste explicármelo, pero no te entendí.

SOLEDAD. Nos asustan las cosas que no comprendemos.

MARÍA. A mí solo me asusta la muerte.

SOLEDAD. Mi padre y mi abuelo murieron en la guerra. Yo tenía tres años y no los recuerdo, pero mi madre siempre los nombraba para mí. ¡Acércate!

MARÍA. Voy.

SOLEDAD. Más. (*Apuntando al horizonte con el dedo*). Mira...

MARÍA. ¿Qué tengo que ver?

SOLEDAD. ¿Ves la playa?

MARÍA. No, veo azoteas.

SOLEDAD. ¡Pero no mires las cosas, mira al cielo! ¿Qué ves?

MARÍA. Veo el cielo.

SOLEDAD. Pues ese es el cielo de Tarifa. Y si miras en aquella dirección, verás el de Ayamonte. Cuando el día está muy claro, se puede ver África y si sigues el vuelo de ese pájaro, llegarás a Doñana. (*Mostrando sus manos abiertas*). ¿Ves la luz en las palmas de mis manos?

MARÍA. Sí.

SOLEDAD. Pues aquí está nuestra historia. Y es aquí, detrás de este silencio, donde se esconde la única verdad. Nada más.

TELÓN

#NOTAS DE DIRECCIÓN

LUCAS MANUEL PAJARES PERALBO

El planteamiento escenográfico se basa en la incidencia de la luz solar, categorizada en esta obra como un tercer personaje, y en el modo en que ésta crea claroscuros que intensifican el contraste entre interior y exterior, entre la claustrofobia y la libertad, entre lo tangible y lo mental. La luz ámbar frontal iluminará de forma natural el balcón y a las protagonistas, dejando a oscuras el interior de la casa. Sobre ellas se proyectarán las sombras de cinco simbólicos barrotes de reja, que soportarán macetas con flores, al más tradicional estilo andaluz, cerrando el espacio en torno al lugar que habitan.